

mismo dictador. En aquel inminente peligro, el cónsul no careció de valor ni de prudencia; con una parte de los soldados reforzó las guardias de las puertas y con el resto coronó los parapetos. En el campamento del dictador, donde la alarma fué menos intensa, pudo verse mejor lo que debía hacerse. Un refuerzo, al mando del legado Sp. Postumio Albo, salió en seguida en socorro del campamento atacado, y el mismo dictador, al frente de parte de sus tropas, llega por ligero rodeo á un punto alejado del combate y desde donde podía caer de improviso sobre la espalda del enemigo. Encargó al legado Q. Sulpicio la custodia del campamento, y dió á otro, M. Fabio, el mando de la caballería, con orden de no poner en movimiento antes de amanecer un cuerpo tan difícil de dirigir en el desorden de un combate nocturno. En fin, todas las medidas que la prudencia y el valor aconsejan en tales circunstancias á un general, las hizo adoptar y las adoptó él mismo; pero la prueba más grande de tranquilidad de ánimo y habilidad y que revela mérito poco común, es que encargó á M. Geganio atacar con cohortes escogidas el campamento enemigo, del que, según los exploradores, había salido el mayor número de tropas. Como los soldados que quedaban, atentos al peligro de sus compañeros, pero sin temor por ellos mismos, no habían establecido guardias ni centinelas, el campamento fué tomado casi sin que sospechasen el ataque. En cuanto el dictador vió la humareda, señal convenida en caso de triunfo, gritó que el campamento enemigo había sido tomado, y hace que se anuncie por todas partes la noticia.

Ya despuntaba el día, y la vista podía hacerse cargo de los movimientos. Fabio había lanzado la caballería, y el cónsul acababa de hacer una salida sobre los enemigos desconcertados. Por el otro lado atacaba el dic-

tador su reserva y su segunda línea, y si el enemigo se volvía ante aquellos confusos gritos y repentino ataque, le oponía por todas partes su infantería y su caballería victoriosa. Rodeados por todos lados, aquellos rebeldes hubiesen perecido hasta el último, si un volco, Veccio Mesio, más célebre por sus hazañas que por su estirpe, viendo retroceder á los suyos, no les hubiese increpado gritando: «¿Por qué os ofrecéis á las saetas del enemigo sin defenderos ni vengaros? ¿Para qué tenéis armas? ¿Por qué habéis traído aquí la guerra, siendo tan turbulentos en la paz como cobardes en el combate? ¿Qué esperanza tenéis ahí? ¿Que venga á defenderos y salvaros un dios protector? Con el hierro habéis de abriros camino. Todos los que queráis volver á ver vuestras casas, vuestros padres, vuestras esposas, vuestros hijos, podéis conseguirlo; venid, seguidme. No nos detienen murallas ni parapetos; solamente tenemos soldados como nosotros con quienes combatir. Iguales en valor, la necesidad, que es la última y más poderosa de las armas, os dará la victoria.» Al terminar estas palabras, y cuando observaba su efecto, sus compañeros lanzan de nuevo el grito de guerra y atacan á las cohortes que les había opuesto Postumio Albo. Ya habían quebrantado á los vencedores, que comenzaban á retroceder, cuando llega el dictador, y hacia él carga todo el peso del combate. Un solo hombre, Mesio, sostiene la fortuna del enemigo. Por todas partes heridas, por todas partes la muerte. Ya empieza á correr la sangre de los jefes romanos; pero solamente Postumio, alcanzado por una piedra, que le rompe la cabeza, se retira del campo de batalla; pero ni el dictador, herido en un hombro, ni Fabio, que tenía un muslo casi clavado en el caballo, ni el cónsul, que había perdido un brazo, se alejaron de aquella terrible batalla.

El impetuoso ataque de Mesio le llevó con sus vale-



rosas tropas por entre montones de cadáveres hasta el campamento de los volscos, que aún no había sido tomado. Todo el ejército le siguió. El cónsul, que había perseguido á los fugitivos hasta el pie de los parapetos, comenzó en seguida el ataque; el dictador hace avanzar sus tropas sobre otro punto, y el asalto no es menos enérgico que la batalla. Dícese que el cónsul, para excitar á los soldados, arrojó una enseña entre los parapetos (1), y que sus esfuerzos por recuperarla comenzaron la derrota. El dictador, por su parte, después de derribar las empalizadas, había trabado el combate dentro del mismo campamento. Entonces arrojan los enemigos las armas y se entregan, siendo todos cogidos con el campamento y vendidos, exceptuando los senadores. Una parte del botín, que los latinos y los hérnicos reconocieron como suya, se les entregó; el dictador vendió el resto en subasta, y después de dejar el mando al cónsul entró en triunfo en Roma, donde abdicó. Algunos escritores oscurecen el brillo de aquella gloriosa dictadura, refiriendo que A. Postumio hizo decapitar á su propio hijo, que, arrastrado por la ocasión, abandonó su puesto y libró un combate, del que salió victorioso. Difícil me es creerlo (2), y además la diversidad de opiniones permite en este punto la duda. Mi razón es que se dice «orden Manliana, y no Postumiana», y el primer autor de una severidad tan cruel debió señalar con su nombre el rasgo que le caracteriza. Además Manlio recibió el nombre de Imperioso (3), y Pos-

(1) Los generales romanos emplearon algunas veces este medio para enardecer á los soldados.

(2) Sin embargo, Valerio Máximo refiere el hecho en términos tan claros, que es difícil dudar. Diodoro Sículo y Aulo Gelio lo citan también sin dudar de su autenticidad.

(3) T. Manlio no debía este dictado á su cruel severidad con su hijo, habiálo recibido de su padre, T. Manlio, á quien se

tumio no fué designado jamás con ningún epíteto injurioso. En la ausencia de su colega, el cónsul C. Julio, sin esperar la decisión de la suerte, dedicó el templo de Apolo. Quincio quedó muy ofendido, y cuando después de haber licenciado su ejército regresó á Roma, se quejó al Senado, pero en vano. A los grandes acontecimientos que ocurrieron en este año debe añadirse una circunstancia que pareció entonces no interesar á la república, y fué que los cartagineses (1), que habían de ser enemigos tan temibles, llamados á Sicilia por uno de los bandos que perturbaban aquel país, llevaron allí un ejército.

Agitábase los tribunos en Roma para que se nombrasen tribunos militares con autoridad consular, pero no pudieron conseguirlo. Los cónsules nombrados fueron L. Papirio Crasso y L. Julio. Habiendo pedido alianza al Senado los legados de los equos, á cambio de la cual ofrecían su obediencia, obtuvieron una tregua de ocho años. Los volscos, después de su derrota en el Algido, se encontraban divididos por cuestiones y discordias que produjeron encarnizada lucha entre los partidarios de la guerra y de la paz. Roma permaneció tranquila por todas partes. Los tribunos se preparaban á presentar, para el arreglo de la cantidad de las multas (2), una ley que no podía menos de agradar al

calificó así por el extraordinario rigor con que llevó á cabo su alistamiento de tropas; y su hermano Cn. Manlio, L. T. Capitolinus Imperiosus, que fué dos veces cónsul en esta época, lo llevaba también, aunque no se le atribuye ningún acto de crueldad.

(1) No fué esta la primera vez, porque Herodato refiere que Amilcar, que había entrado en Sicilia con trescientos mil hombres, fué completamente derrotado por Gelón cincuenta años antes de la época de que aquí se habla.

(2) En los primeros tiempos pertenecía á los cónsules solamente, en virtud de la ley Valeria, el derecho de imponer multas. Según Dionisio de Halicarnaso, en el año 300 de Roma, la



pueblo; cuando los cónsules, instruidos del proyecto, por la traición de un individuo del colegio, se apresuraron á prevenirlo. Los cónsules siguientes fueron L. Sergio Fidenas, que lo era por segunda vez, y Lucrecio Tricipitino. Nada notable ocurrió bajo su consulado. Sucediéronles A. Cornelio Cosso y T. Quincio Penno, elegido por segunda vez. Los veyos hicieron incursiones en el territorio romano y corrió el rumor de que algunos jóvenes de Fidenas habían tomado parte en aquellas devastaciones, encargándose el examen de este asunto á L. Sergio, Q. Servilio y Mam. Emilio. Muchos de aquellos fueron relegados á Ostia por no haber podido justificar su ausencia de Fidenas en la época de que se trataba, reemplazándoles con colonos, á quienes dieron las tierras de los que habían perecido en la guerra. En este año se sufrió mucho por la sequía, no faltando solamente las agnas del cielo; la tierra misma, privada de su natural humedad, apenas alimentaba el caudal de los ríos. Por todas partes la escasez de agua amontonaba alrededor de las fuentes y arroyos rebaños muertos de sed: otros perecieron por la sarna; esta enfermedad atacó en seguida por contagio á los hombres, comenzando por los campesinos y esclavos, encontrándose muy pronto infestada la ciudad. Mientras los cuerpos eran presa de esta epidemia, dominaron los ánimos ideas supersticiosas, oriundas en su mayor parte de los pueblos extranjeros; los que aprovechan la credulidad introdujeron en las casas, vaticinando, nuevas formas de sacrificios, hasta que los ciudadanos más importantes se avergonzaron, por la república, al ver en todas las calles y en todos

los templos la ley Aterja Tarpeya extendió este privilegio á todos los magistrados cuya autoridad fuese desobedecida, pero decidió que el valor de la multa más alta no excediera de dos bueyes y treinta ovejas.

los santuarios prácticas extrañas y desconocidas, empleadas para calmar la ira de los dioses. Encargóse á los ediles que vigilaran para que solamente se adorase á los dioses de Roma y según los ritos patrios. El resentimiento con los veyos se aplazó para el año siguiente, en el que fueron cónsules C. Servilio Ahala y L. Papirio Mugilano. Pero entonces también impidieron los escrúpulos religiosos que se declarase inmediatamente la guerra y que se marchase el ejército; decidiéndose enviar antes á los faciales para pedir reparación. Recientemente se había librado á los veyos cerca de Nomento y Fidenas, una batalla, á consecuencia de la cual se había ajustado, no la paz, sino un armisticio; había expirado, y los veyos no habían esperado el término para empuñar las armas. Enviáronles, sin embargo, los faciales; pero sus reclamaciones, hechas en la forma acostumbrada por los antepasados, no fueron escuchadas. Después de esto, hubo que decidir si era necesaria la orden del pueblo para declarar la guerra, ó si bastaba un senatus-consulta. Los tribunos consiguieron, amenazando con oponerse á los alistamientos, que los cónsules desistiesen al pueblo. Todas las centurias quisieron la guerra. El pueblo triunfó también, consiguiendo que no se nombrarían cónsules para el año siguiente.

Creáronse cuatro tribunos militares con autoridad cónsular, y fueron T. Quincio Penno, que acababa de salir del consulado, C. Furio, M. Postumio y A. Cornelio Cosso, quien quedó encargado de la prefectura de Roma; los otros tres, después de terminar los alistamientos, partieron para Veyas, y vióse, por su ejemplo, cuán peligrosa es para la guerra la división del mando. Estos jefes, siguiendo cada uno sus proyectos propios, sin cuidarse de los de los otros, ofrecieron al enemigo favorables probabilidades. Mientras unos mandaban atacar, otros ordenaban la retirada, aprove-



chando los veyos el momento para caer sobre las vacilantes legiones, que se refugiaron desordenadas en el cercano campamento, y resultando para los romanos mayor la ignominia que la derrota. Este descalabro entristeció á la ciudad, poco acostumbrada á verse vencida; cobróse aversión á los tribunos; pidióse un dictador, y todas las esperanzas se fundaron en esto. Y como la religión oponía obstáculo, porque el dictador debía ser nombrado por un cónsul, consultados los augures desvanecieron el escrúpulo. A Cornelio nombró dictador á Mam. Emilio, que á su vez le eligió jefe de los caballeros. Así, pues, en cuanto se sintió la necesidad de un hombre de verdadero mérito, la animadversión de los censores no pudo impedir que se buscase el jefe del Estado en una casa injustamente degradada. Enorgullecidos los veyos con su victoria, enviaron legados á todas las ciudades de la Etruria, abultando la derrota de tres generales romanos en una sola batalla. Ninguna ciudad se atrevió á entrar en la alianza; pero el cebo del botín les llevó multitud de voluntarios. Solamente Fidenas se decidió á empuñar las armas; y como si no pudiese empezar la guerra más que por un crimen, antes de incorporarse á los veyos tiñó con la sangre de los nuevos colonos las armas con que degolló antes á los legados romanos. Los jefes de los dos pueblos deliberaron en seguida acerca de la ciudad en que establecerían la base de la guerra; y habiéndoles parecido más conveniente Fidenas, los veyos atravesaron el Tíber y llevaron allí el teatro de la guerra. Grande era el terror en Roma. Después de llamar de Veyas al ejército, impresionado aún por su derrota, establecieron su campamento cerca de la puerta Colina; colocáronse tropas en los parapetos; se suspendieron los negocios en el Foro, cerráronse las tiendas, y todo representó más bien un campamento que una ciudad.

Entonces el dictador mandó á los pregoneros por las calles citando á los asustados ciudadanos para que se reuniesen en asamblea, en la cual dijo: «que de tal manera están pendientes del menor capricho de la fortuna, que ligero descalabro, más digno de atribuirse á la falta de acuerdo de los generales que al valor de los enemigos ó á la cobardía del Senado, les hace temible Veyas, seis veces vencida, y Fidenas, que casi han tomado más veces que sitiado. Los romanos y sus enemigos son los mismos que han sido durante tantos siglos; su valor, su fuerza, sus armas continúan siendo iguales; él es el mismo dictador Mam. Emilio, que derrotó cerca de Nomento los ejércitos de los veyos y de Fidenas reunidos con el de los faliscos; y en cuanto al jefe de los caballeros, A. Cornelio, será en el campo de batalla el mismo que, tribuno de los soldados en la guerra anterior, en presencia de los dos ejércitos, inmoló á Lartó Tolunnio, rey de los veyos, y traído los despojos opimos al templo de Júpiter Ferétriano. Que empuñen, pues, las armas, convencidos que de su parte están los triunfos, los despojos y la victoria; por parte de los enemigos, el asesinato de los legados con desprecio del derecho de gentes, la matanza en plena paz de los colonos de Fidenas, la violación de los tratados y por séptima vez funesta defección. En cuanto los campamentos estén próximos, pueden contar con que enemigos tan pérfidos no gozarán por mucho tiempo de la deshonor de las armas romanas, y que el pueblo comprenderá que los que, por tercera vez, le han nombrado dictador, han servido mejor á la patria que aquellos que, por haberse visto desposeídos del reinado de la censura, mancharon su segunda dictadura.» Después de dirigir votos solemnes al cielo, marchó á establecer su campamento á quinientos pasos de Fidenas, cubriendo su derecha las montañas y su izquierda la



corriente del Tíber, y mandó al legado T. Quincio Penno que ocupase las alturas y se estableciese en la eminencia menos visible á la espalda del enemigo. Animados los etruscos con el recuerdo de la jornada, en que más habían sabido aprovechar la ocasión que vencer, á la mañana siguiente avanzan en batalla. Después de esperar un momento para que sus exploradores llegasen á anunciarle la llegada de Quincio á la altura inmediata á la fortaleza de Fidenas, el dictador hace avanzar sus enseñas, llevando á paso ligero la infantería contra el enemigo, y mandando al jefe de la caballería que no ataque sin orden suya: resérvase dar la señal, y entonces demostrará sin duda Cornelio que recuerdan su combate contra un rey los despojos opimos, Rómulo y Júpiter Feretriano. Las legiones chocan con furor; los romanos arden de ira, llaman á los fidenatos impíos, á los veyos bandidos, infractores de tratados manchados con el sacrilego asesinato de los legados, salpicados con la sangre de los colonos, aliados pérfidos, enemigos cobardes; en fin, exhalan su rabia tanto en las palabras como en los hechos.

El primer choque había quebrantado á los enemigos, cuando abriéndose de pronto las puertas de Fidenas, se lanza un ejército, tal como no se había visto ni oído semejante hasta entonces: innumerable multitud armada con fuego, brillando con antorchas encendidas, y como arrebatada por furor divino, se precipita sobre los romanos, á quienes lo extraño del combate inspira cierto terror. Entonces el dictador da la señal á Cornelio y á su caballería, llama á Quincio de la altura, restablece el combate, y corre él mismo al ala izquierda, que presentaba el aspecto de incendio más bien que de batalla, y que, aterrada, retrocedía delante de las llamas. «¿Qué es esto?» grita con voz vibrante. «Arrojados por el humo como enjambre de abejas, huís delante de

un enemigo sin armas! ¡No apagáis esas llamas con el hierro, ó si es necesario combatir con fuego y no con esas armas, no arrancáis esas antorchas al enemigo para anonadarle! ¡Sus! ¡Recordad el nombre romano, pensad en el valor de vuestros mayores y en el vuestro; volved el incendio contra Fidenas y destruid con el fuego esa ciudad que no habéis podido desarmar con vuestros beneficios. La sangre de vuestros legados y de vuestros colonos, la devastación de vuestro territorio los lo mandan.» A estas palabras del dictador, toda la línea se pone en movimiento; recogen las antorchas lanzadas, arrancan las otras, y las dos falanges se arman con fuego. El jefe de la caballería imagina por su parte una maniobra nueva; manda quitar el freno á los caballos y clavando los acicates al suyo, al que no detiene la brida, se lanza el primero entre las llamas; los demás caballos hevan en impetuosa carrera á sus jinetes en medio del enemigo. Levántase densa polvareda, y mezclándose al humo, roba la luz á hombres y caballos. No se espantan éstos del espectáculo que asustaba á los soldados, y por donde penetra la caballería todo lo derriba á su paso, causando inmensa ruina. Pronto resuenan nuevos gritos que impresionan á los dos ejércitos sorprendidos, y el dictador grita: «El legado Quincio con los suyos ataca al enemigo por la espalda.» Y lanzando él mismo un grito más terrible, comienza de nuevo el ataque con más vigor. Estrechados entre dos ejércitos, entre dos batallas, los etruscos, rodeados, atacados por delante y por detrás, no podían ni volver á su campamento, ni huir á las montañas, ni donde se presentaba nuevo enemigo, y donde los jinetes, arrebatados por caballos sin freno, estaban desparatados por todas partes. La mayor parte de los veyos gana desordenadamente las orillas del Tíber; los fidenatos, que han escapado, corren hacia su ciudad.



Pero al huir espantados, por todas partes encuentran la muerte: unos son destrozados en las orillas del río, otros son precipitados á sus profundidades; hasta los que saben nadar se ahogan, por consecuencia de la fatiga, de las heridas ó del miedo; de aquella multitud muy pocos consiguen llegar á la opuesta orilla. El otro ejército huye á través de los campos hacia Fidenas, persiguiéndole los romanos con ardor, sobre todo Quincio, seguido de sus tropas, que acababan de bajar de la montaña por sus órdenes y que se encontraban descansadas porque habían llegado al final de la batalla.

Mezcladas con los enemigos entraron en la ciudad, suben á las murallas y anuncian á sus compañeros que la plaza está en su poder. Habiéndoles visto el dictador desde el campamento, en el que acababa de penetrar, y que estaba abandonado, ofrece al soldado, ávido del pillaje, la esperanza de botín más considerable, y del lleva á las puertas de la ciudad. Una vez dentro, corre á la fortaleza, hacia donde ve acudir la mayor parte de los fugitivos. No fué menor allí la matanza que en el campo de batalla; al fin arrojan las armas y se rinden al dictador sin pedir más que la vida. La ciudad y el campamento quedan entregados al saqueo. A la mañana siguiente cada uno, desde el jinete al centurión, recibió un prisionero designado por la suerte; los que se habían distinguido más por su valor recibieron dos, y los demás fueron vendidos en subasta. El dictador entró en triunfo en Roma al frente de su ejército victorioso y cargado de botín. Mandó al jefe de los caballeros que abdicase, y él mismo, después de diez y seis días, abdicó en plena paz aquella dignidad que había recibido durante la guerra y en los momentos más difíciles. Algunos analistas hablan también de un combate naval librado á los veyos cerca de Fidenas; pero este

hecho no es más posible que creíble; porque el río, demasiado estrecho hoy mismo para un combate, era entonces más estrecho aún; solamente pudo acontecer que por impedir el paso hubiese combate entre algunas barcas, combate cuya importancia se exageraría, según costumbre, para tener el vano honor de una victoria naval.

En el año siguiente fueron tribunos militares con autoridad consular A. Sempronio Atratino, L. Quincio Cincinnato, L. Furio Medulino y L. Horacio Barbato. Concedióse á los veyos una tregua de veinte años y á los equos otra de tres solamente aunque la habían pedido más larga. Por lo demás, ninguna guerra intestina turbó la tranquilidad de Roma. El año siguiente, que tampoco fué perturbado por guerras exteriores ni interiores, fué notable por los juegos ofrecidos durante la guerra, por la magnificencia que desplegaron en ellos los tribunos militares, y por la multitud de extranjeros que acudieron de los países vecinos. Estos tribunos que tenían autoridad consular eran Ap. Claudio Crasso, Sp. Naucio Rutilo, L. Sergio Fidenas y Sex. Julio Yulo. La benévola acogida que obtuvieron los extranjeros dió para ellos mayor atractivo al espectáculo, al que habían acudido con autorización de sus gobiernos. Después de los juegos hubo quejas sediciosas de los tribunos del pueblo, que reconvenían á la multitud porque «con su estúpida admiración á aquellos á quienes odiaba, por sí misma permanecía en eterna esclavitud. No solamente no se atrevía aspirar á obtener el consulado, sino que hasta en la elección de tribunos militares, siendo los comicios comunes al Senado y al pueblo, se olvidaba de los suyos. No podía por consiguiente extrañar que nadie cuidase de los intereses del pueblo; para no deplorar el trabajo, para arrostrar peligros, es necesario esperar utilidad y honor. Nada hay que el



hombre no se atreva á emprender, si cree que á grandes esfuerzos corresponderán grandes recompensas. Pero no debe pretenderse ni esperarse que un tribuno del pueblo se precipite ciegamente en aquellos combates que solamente le ofrecen peligros sin ventaja alguna, y de los que no puede esperar otra cosa que el odio implacable de los patricios; contra los cuales lucha sin que el pueblo á quien defiende le aprecie más por esto. Los grandes honores dan ocasión á grandes empresas, y los plebeyos no se avergonzarían de serlo si no se vieran ya despreciados. Era conveniente experimentar en uno ó dos ciudadanos, para ver si se encontraba un plebeyo capaz de soportar el peso de elevada dignidad, ó si debía considerarse como un prodigio que pudiese salir de las filas del pueblo un hombre de talento y valor. Habíase conseguido, después de obstinada lucha, poder nombrar tribunos militares revestidos con autoridad consular y tomados del pueblo. Varones experimentados en la administración y en las armas habían apetecido este honor; desde los primeros años, objetos de irrisión, rechazados, habían servido de juguete á los patricios, y al fin se habían cansado de soportar aquellos desprecios públicos. Ni siquiera comprendían por qué no se abrogaba una ley de la que ningún uso se hacía: desigual participación de derechos, era menos deshonrosa que pretericiones por causa de indignidad.»

El agrado con que se escuchaban estos discursos llevó á algunos plebeyos á solicitar el tribunado militar, y cada uno de estos anunciaba las leyes que propondría durante su magistratura en favor del pueblo. Hacíase entrever la esperanza de un repartimiento de tierras, una fundación de colonias, un impuesto levantado sobre los propietarios rústicos y cuyo producto se aplicaría al sueldo de las tropas. Más adelante los tribunos militares aprovecharon una ocasión en que habían sa-

lido muchos habitantes de la ciudad, para reunir, por medio de convocatoria clandestina, á los senadores en un día determinado, y en ausencia de los tribunos del pueblo hicieron dar un senatus-consulta diciendo que en atención al rumor que corría acerca de que los volscos devastaban el territorio de los hérnicos, los tribunos militares partirían para investigar la verdad y que se celebrarían comicios consulares. Al partir dejaron como prefecto de la ciudad á Ap. Claudio, hijo del decenviro, joven enérgico y que desde la infancia estaba imbuido en el odio á los tribunos y á la plebe. Los tribunos del pueblo no pudieron trabar contienda ni con los autores del senatus-consulta, porque estaban ausentes, ni con Appio, porque el hecho estaba ya consumado.

Creóse cónsules á C. Sempronio Atratinio y á Q. Fabio Vibulano. Acontecimiento extraño, pero digno de memoria, que se refiere á este año, fué la toma de Vulturno por los samnitas, ciudad de los etruscos, llamada hoy Capua, y lo mismo desde entonces, de Capye, jefe de los samnitas, ó (lo que parece más verosímil) de la campiña que la rodea. No se apoderaron de ella hasta que los etruscos, cansados de la guerra, les admitieron á compartir con ellos su ciudad y sus tierras: después, en un día de fiesta, cuando los antiguos habitantes estaban dominados por el sueño y los festines, les asaltaron y degollaron durante la noche los nuevos colonos. Habíanse realizado estos hechos cuando los cónsules que hemos citado entraron en funciones en los idus de Diciembre. No solamente habían regresado ya los que habían mandado al terreno, trayendo la noticia de que los volscos amenazaban con la guerra, sino que además los legados de los latinos y de los hérnicos anunciaban que nunca habían prestado más atención los volscos á la elección de jefes y alistamiento de



soldados: por todas partes se dice que es necesario abandonar para siempre las armas y la guerra y aceptar el yugo, ó rivalizar en valor, perseverancia y disciplina con aquellos con quienes se disputaba el imperio. Estas noticias eran exactas: sin embargo, los senadores no se conmovieron, y C. Sempronio, á quien la suerte designó aquel mando, confiando en la fortuna como en el apoyo más firme, porque llevaba un pueblo vencedor á combatir á vencidos, lo hizo todo con aturdimiento y negligencia, de tal manera que más reinaba la disciplina romana en el ejército de los volscos que entre los romanos. La fortuna, como muchas veces sucede, favoreció al más diestro. En el primer combate que trabó Sempronio sin precaución alguna, no tenía reserva para apoyar la línea de batalla y la caballería estaba colocada en terreno desventajoso. El primer grito de ataque indicó cómo terminaría el empeño: por parte del enemigo, clamor animado y compacto; por la de los romanos, gritos discordantes, desiguales, repetidos muchas veces y sin fuerza, revelando el esfuerzo de los ánimos. Esto hizo que el enemigo se lanzase adelante con más ardor, el escudo tendido y brillante la espada: por el lado opuesto veíanse agitarse los yelmos en las cabezas de hombres inseguros, que miraban en derredor, que se volvían turbados y se apretaban con la multitud. En un punto las enseñas que resisten son abandonadas por sus defensores; en otro se refugiaban entre sus manípulos. Aquella no era derrota ni victoria; parecía que el romano quería guarecerse más que pelear: el volscos avanza sus enseñas, rechaza las líneas de los romanos y prefiere á matar enemigos verles huir.

Ya ceden por todas partes, y en vano amenaza y exhorta el cónsul Sempronio: la majestad, la autoridad nada eran, y los soldados iban á volver la espalda

al enemigo, si Sex. Tempanio, decurión de caballería (1), no hubiese restablecido el combate con extraordinaria serenidad, gritando con fuerte voz: «Que los jinetes que quieren la salvación de la república, salten del caballo: por enseña, seguid mi lanza; mostrad á los romanos y á los volscos que á caballo no hay jinetes y á pie no hay peones que se os comparen.» Recibida esta exhortación con aclamación unánime, marcha delante llevando levantada la lanza; por todas partes se abren paso con la fuerza; lánzase cubiertos con los escudos allí donde ven más apurados á sus compañeros; el combate se restablece en todos los puntos adonde les lleva su brío, y no puede dudarse que si un grupo tan poco numeroso hubiese podido combatir en todas partes á la vez, el enemigo se hubiese visto obligado á huir.

Y como ya no encontraban resistencia por ninguna parte, el general volscos manda á los suyos dejen penetrar entre ellos á aquella nueva cohorte, con escudos pequeños, hasta que, arrastrada por su brío, quedase completamente separada del resto del ejército. Hecho esto, los jinetes desmontados encontráronse envueltos, sin poder romper las líneas á través de las cuales se habían abierto paso, cargando en masa el enemigo sobre el punto en que habían penetrado. El cónsul y las legiones romanas, no viendo ya á aquella falange, que acababa de servir de muralla al ejército entero, y temiendo que tantos hombres y tan valientes, envueltos de aquella manera, pereciesen aplastados por el enemigo, acometieron á la aventura. Por este ataque los volscos tuvieron que hacer frente, por un lado al cónsul y á sus legiones, y por otro que rechazar á Tempa-

(1) Cada turma ó escuadrón tenía tres decuriones ó comandantes de diez hombres, y el primer elegido entre ellos mandaba la turma. Llamábase á este *dux turmae*. Cada decurión tenía un subalterno.



nio y sus jinetes, que después de numerosos é inútiles esfuerzos para penetrar hasta los romanos, se habían apoderado de una altura, donde, formados en círculo, se defendían y al mismo tiempo se vengaban. Hasta la noche no cesaron de combatir, y de la misma manera el cónsul, sin aflojar ni un momento, resistió al enemigo mientras duró la luz. La noche separó á los dos ejércitos, sin que ninguno de ellos pudiese atribuirse la victoria, y esta ignorancia del resultado infundió tal temor en ambos campamentos, que suponiéndose vencidos los dos ejércitos, abandonaron los heridos y gran parte del bagaje y se retiraron á las montañas inmediatas. Sin embargo, la altura permaneció rodeada durante más de la mitad de la noche, y al fin, habiendo sabido los soldados que la guardaban que el campamento estaba abandonado, creyeron que los suyos habían sido vencidos, y guiados por el temor, en medio de la obscuridad, huyeron. Tempanio, temiendo las emboscadas, permaneció allí con sus soldados hasta el día; después, habiendo bajado con algunos para hacer un reconocimiento, y habiendo sabido por los enemigos heridos que estaba desierto el campamento de los volscos, regocijado, llama á los suyos y pasa al campamento romano; pero encontrando allí la misma soledad, el mismo abandono y el mismo desorden que en el enemigo, antes de que los volscos, conocido el error, pudiesen volver, se llevó á los heridos que pudieron seguirle, y como ignoraban la dirección que había tomado el cónsul, marchó á la ciudad por el camino más corto.

Había corrido ya la noticia de un combate desastroso y del abandono del campamento, y sobre todo se había mostrado sentimiento por los caballeros, no menos llorados por la patria que por sus familias. El cónsul Fabio, participando del temor que se experimentaba por la ciudad misma, habíase colocado delante de las puer-

tas, cuando se vieron á lo lejos los jinetes. La inseguridad hizo que en el primer momento causase su presencia algún temor; pero reconocidos en seguida, en tanto regocijo se trocó el terror, que se recorrió toda la ciudad gritando: «¡Los caballeros han vuelto vivos y vencedores!» De las casas desoladas donde llamaban á los suyos (1), precipitábanse á la calle, y las madres y las esposas temblando, prescindiendo, por alegría, de las conveniencias, lanzábanse al encuentro de la cohorte, estrechando cada cual á los suyos en sus brazos, pudiendo apenas contener en su regocijo los sentidos y el corazón. Los tribunos del pueblo, que habían demandado á M. Postumio y á T. Quincio por su conducta en el combate de Veyas, vieron en la odiosidad que acababa de levantar el cónsul Sempronio ocasión de avivar contra ellos antiguos resentimientos. En consecuencia de esto, habiendo convocado una asamblea, presentaron á los generales como traidores á la república en Veyas; y en seguida, á causa de la impunidad, el ejército vendido por un cónsul delante de los volscos, los jinetes más valerosos entregados á la muerte, y el campamento vergonzosamente abandonado. Después de largas y vanas declamaciones, el tribuno C. Julio mandó llamar al caballero Tempanio, y delante de sus colegas le dijo: «Sexto Tempanio, quiero que me digas si, en tu opinión, el cónsul C. Sempronio ha dado oportunamente la batalla, si ha sostenido al ejército con reservas, si ha cumplido con todos los deberes de buen cónsul; si por ti mismo, por tu propia iniciativa, cuando las legiones romanas estaban vencidas, hiciste desmontar á la caballería y restableciste el combate; si después,

(1) Acostumbraban los romanos llamar tres veces y en voz alta á la persona que acababa de morir, y para expresar esta fúnebre despedida, empleaban las palabras *conclamatío, conclamare*.



cuando quedasteis separados del ejército, el cónsul acudió en persona ó al menos os mandó socorros; si al día siguiente recibisteis algún refuerzo; si por tu propio valor, tú y tu cohorte os abristeis paso hasta el campamento; y si cuando llegasteis, encontrasteis un cónsul y un ejército, ó si le visteis desierto, ocupado solamente por soldados heridos y abandonados. Esto es lo que con tu leal firmeza, que es la única que ha mantenido á la república en esta guerra, debes decirnos hoy. En fin, ¿dónde están C. Sempronio y nuestras legiones? ¿Eres tú el abandonado, ó quien ha abandonado al cónsul y al ejército? Últimamente, ¿somos vencidos ó vencedores?

Dícese que Tempanio contestó sencillamente, con la franqueza del soldado que ni se envanece con su gloria ni se regocija con la falta de otro: «Por lo que atañe á la prudencia militar de C. Sempronio, no corresponde al soldado juzgar al general, sino al pueblo romano, que le había elegido cónsul en los comicios. No debían, por consiguiente, consultarle á él ni acerca de la ciencia del mando ni acerca de los deberes del consulado, cuestiones difíciles hasta para las inteligencias é ingenios superiores, pero que podía decir lo que había visto. Antes de quedar separado del ejército vió al cónsul pelear en las primeras filas, exhortar á las tropas, colocarse entre las enseñas romanas y los dardos del enemigo; separado después de la vista de sus compañeros, pudo juzgar, sin embargo, por el tumulto y los gritos, que el combate debió prolongarse hasta la noche, y para llegar hasta la altura donde se guareció no creía posible que hubiese podido romper la masa enemiga. Ignoraba dónde estuviese el ejército: creía que, así como él había escapado de inminente peligro refugiándose en una altura, el cónsul, para salvar al ejército, se había apoderado de algún punto más fuerte

que el campamento. No creía la situación de los volcos mejor que la del pueblo romano: la fortuna y la noche habían introducido el desorden en los dos ejércitos. Dicho esto, y habiendo rogado que no le detuviesen más tiempo, porque se encontraba extenuado por el cansancio y las heridas, dejéronle marchar, colmándole de elogios por su modestia y su valor. Entre tanto había llegado el cónsul por la vía Lavicana al templo del Descanso, y allá enviaron desde la ciudad carros y caballos para recoger el ejército extenuado por el combate y una marcha nocturna. Poco después entró el cónsul en la ciudad, y menos trató de disculparse que de hacer resaltar la gloria que merecía Tempanio. Los ciudadanos estaban desolados por aquel descalabro é irritados contra los generales: demandado delante de ellos M. Postumio que había sido en Veyas tribuno consular, fué condenado á una multa de diez mil libras de peso de cobre (1). Su colega T. Quincio, que venció como cónsul contra los volcos, bajo el mando del dictador Postumio Tuberto, y en Fidenas como legado del otro dictador Mam. Emilio, atribuyó toda la falta del combate de Veyas á su colega, sentenciado ya, y fué absuelto por todas las tribus. Dícese que le favoreció la memoria de su padre Cincinnato, el varón más venerable, y el respeto que se tenía á Capitolino Quincio, que avanzado ya en edad, suplicaba encarecidamente que quedándole tan pocos días de vida no le hiciesen llevar tan triste noticia á Cincinnato.

(1) En los primeros tiempos las monedas tenían realmente el peso que indicaban sus nombres, y cuando la cantidad era algo considerable, la pesaban en vez de contarla. De aquí la locución *as grave*, que no debió empezar á usarse hasta que se disminuyó el peso del as y pudo distinguirse bien la moneda antigua de la moderna, que era más ligera. Creen algunos que el *as grave* se diferenciaba del *as rude* en que este último era un pedazo de cobre sin sello.